

**L**A espectación despertada en el Paseo por la boda de Gaspar Santos quedó grabada en la imaginación de los chicos que jugábamos allí con caracteres indelebles, jamás habíamos presenciado un espectáculo semejante.

La época era la felicísima de fin de siglo que no acabó hasta bien entrado el actual, de hecho hasta el año catorce.

El novio era el hijo menor de Eugenio Santos, el del comercio de mas vitalidad, ya de treinta y tantos años, hombre de buenas costumbres, liberal y romántico, aficionado a las artes, sobre todo a la música, que colaboraba en la ILUSTRACION MANCHEGA editada por los Maestres e intervenía activamente en todos los aspectos de la vida local dando una nota de delicadeza. Rubio, gordo, colorado, casi limpio de barba, con quevedos de oro y cordón, le daba un aire al insigne parlamentario don Cristino Martos.

La novia era una muñeca de la Fonda de la Estación, el Bufett, le decían todavía, por la influencia francesa en nuestros ferrocarriles por entonces en todo su esplendor y los nueve chicos de la Fonda en pleno vigor juvenil y en el momento propicio a los enamoramientos. Aquello hervía y la fastuosidad a la francesa era ostensible a todas horas.

Había en torno a esta

## BODA MEMORABLE

boda una ebullición extraordinaria que convirtió el Paseo por unas horas en auténtico Salón del Prado, por el ir y venir de coches de caballos, ocupados con damas vistosas y caballeros bien portados, por la solemnidad del paso de la comitiva al ir a la iglesia y por la gran concurrencia de curiosos.

El tiempo era el siempre grato de principios de Otoño, después del caluroso verano, el 28 de Octubre de 1906.

La fortuna nos ha favorecido con esta fotografía, después de agotadas todas las posibilidades en su busca, para que se vea que no hay exageraciones en lo que se dice y que la elegancia y el buen gusto tuvieron en Alcázar momentos de brillantez. Está hecha en el corral de la bodega de la Fonda, que era la que después fue de Barbero, porque de aquella exuberante ostentación no queda ni el recuerdo, a la derecha de la entrada de la Estación, cuando se efectuaba por la calle de este nombre, increíblemente olvidado por Alcázar, que se lo debe todo. Los fondistas, sin embargo, se comunicaban por una portaiilla, del color de las traviesas usadas, que había dentro de la Estación, cruzando las vías desde su casa. Y esta es la razón de que en una boda tan concurrida se fotografiasen solo unos pocos, porque había que pasar las vías y estaba al llegar el mixto que llevaba una velocidad de casi treinta por hora y entonces la gente no era tan arriesgada como ahora ni se lanzaba tan deprisa a las cosas. El pequeño detalle de la portaiilla demuestra lo grande de la influencia y confianza de los fondistas. Comunicando una casa particular con la Estación, en plena vía, en contra de todas las leyes y costumbres, demuestra la compenetración de la Fonda con la Empresa, para tener la comodidad de quitarles la nata a las tinajas y echarles los desperdicios a las gallinas sin tener que salir a la calle.

Véase la esplendidez de sombreros y vestidos en las damas, al uso de los que las aristócratas lucían en la vida de la Corte y la abundancia de sombreros hongos de grandes y recogidas alas. Los chavalillos con